

Andrés Henestrosa

Siempre sorprendió y asombró que en los mexicanos despertara muy temprano la vocación y capacidad de expresarse artísticamente, sobre todo en la plástica. Se diría que en todo artista, bien sea poeta, bien sea pintor, sobrevive, revive el viejo cuicapique y el tlacuilo, en ellos una sola cosa: pinta el escritor y escribe, escribe y describe el pintor. De esos es Juan Carlos del Valle que siendo un joven de escasos 28 años parezca un artista viejo de años, heredero de los creadores antiguos. En las cosas más sencillas, que acaso por estar cotidianamente ante nuestros ojos no percibimos su belleza y novedad, este joven encuentra ocasión de mostrarse en el tamaño que es como artista plástico.

Abro su libro, *Oscuridad luminosa*, al azar y una "Olla con elotes tiernos" –una fila de dientes blancos-. El diente que los millones de años convirtieron en grano de maíz, en la mazorca que parecen pesados, le bastan. Porque siempre el buen artista de donde quiera que parta llega; que no es en el tema sino en su tratamiento en donde el pintor, el poeta, el escultor, da de sí.

Andar en el mero acto físico de dar pasos. Caminar es además de eso, un acto que conduce a alguna parte, en el caso, realizarse el artista que se sueña ser. Quien trabaja se trabaja, quien labora se elabora. Hasta cuando se tiene genio y Juan Carlos del valle lo tiene, hay que trabajar, hasta cuando se está dormido.

Las cosas que habría que decir acerca de Juan Carlos del Valle, lo tiene dicho en el prólogo doña Bertha Taracena con sabia mano y alerta cabeza. A lo dicho por Bertha Taracena quise agregar estas líneas que en nada tocan, ni siquiera se acercan, a la obra de este joven artista, *Recíbelo*, amigo Juan carlos del valle, como el saludo de su entrada a la nómina de los grandes pintores oaxaqueños.

Un saludo de su amigo

Andrés Henestrosa

Jueves 19 de junio del año 2003